

AUDIENCIAS PÚBLICAS DE CASOS EN LIMA
SEGUNDA SESIÓN
21 DE JUNIO DE 2002
3 P.M. A 7 P.M.

Testimonio de Evila Juliana Cornejo Chavarría

Doctor Salomón Lerner Febres

La Comisión invita a la señora Evila Juliana Cornejo Chavarría a se aproxime para brindar su testimonio. Le ruego ponerse de pie. Señora Evila Juliana Cornejo Chavarría, usted va a brindar su testimonio ahora ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación, también lo va hacer ante el país. ¿Promete solemnemente hacer su declaración con honestidad y buena fe, y decir solo la verdad sobre los hechos que nos va a relatar?

Señora Evila Juliana Cornejo Chavarría

Sí, juro.

Doctor Salomón Lerner Febres

Muchas gracias, señora. Asiento.

Ingeniero Carlos Tapia García

Señora Evila Juliana Cornejo Chavarría, todos los miembros de la Comisión de la Verdad y todos los asistentes a esta ceremonia estamos deseosos de escuchar su testimonio. La invitamos cordialmente a hacerlo. Tiene usted la palabra.

Señora Evila Juliana Cornejo Chavarría

Bueno, ante todo, mis saludos. Muy buenas noches con la Comisión de la Verdad, el público general. Yo soy del pueblo de Andajes, distrito de Andajes, provincia de Oyón, departamento de Lima. Soy una de las víctimas, viuda de Zúñiga.

En el pueblo de Andajes por dos veces incursionaron los terroristas. En la primera matanza, que fue un catorce de abril de mil novecientos ochenta y ocho, murieron seise autoridades, que fueron alcalde, regidores, teniente gobernador y uno más, campesino. En la primera matanza tuvieron reunión en la municipalidad. Llegaron a las nueve de la noche, en el concejo municipal. De ahí tomaron el micrófono diciendo: «¡Compañeros! ¡Atención con el pueblo Andajes!». Y luego se malogró el micrófono y ya no pudieron arreglar. Estaban que penaban arreglar, ya empezaron dar sus charlas. Cuando terminó de arreglar el micrófono, ya dieron tres vivas: «¡Así se mata a los apristas! ¡Así se mata a los chismosos! ¡Así se mata a los mentirosos!» Ya se fueron viviendo, las tres vivas. «¡Que viva el presidente Gonzalo, que viva el Partido Comunista!»

Ya pasaron cuatro años. Por la segunda matanza llegaron nuevamente. Yo y mi esposo habíamos ido al campo. Llegamos ciertas horas de la noche, no sabíamos que en el pueblo habían regresado.

Ya llegamos, estaba la luz cortada y luego nos acostamos y justo llega un señor tocando la puerta. Nos dice: «Señor, ábreme la puerta». Mi esposo sale y ahí mismo entran los terroristas acompañados con el presidente, que fue don Augusto Hinostroza, ya tomado de la mano, amarrado, y tres armados. Entró a mi casa y luego pidió a dónde está el libro de caja y libro de acta. Ahí, el presidente le dijo. «Señor, compañero, no quiero que me mates. Tenemos hijos pequeños, tenemos criaturas, así como el señor también lo tengo». «¿Compañero?, ¿quién te ha dicho que soy compañero? Yo no soy compañero, soy de la Fuerza Armada, mírame, conózcame bien, mírame. ¿Cuántas veces ha dado de comer a los terroristas ustedes?, ¿cuántas gallinas han matado?, ¿cuántos carneros han matado? Han alimentado a los terroristas ustedes. Ya vamos a la plaza, vamos a cambiar de directiva, que bien se lo han lucrado la plata, se lo han tragado la plata. Ya vamos». «No, mi jefe», le dijo el presidente, «no mi jefe. Nosotros el cargo lo tenemos hace un mes que hemos recibido. No tenemos nada». «Ya. ¿A dónde vive el cesante?, ¿el presidente que ha pasado?». Luego a mi esposo le dijo: «Salga y vamos». Yo partí con mi esposo y me dice, el terrorista me dice: «Señora, por favor, ¡quédese usted! Prepáranos caldo de gallina o, si no, café. Quédese señora». Yo no le acepté, yo seguí para adelante. Mi esposo me dice: «Cocínalo». «Somos cuarenta, señora, cocina». Ya mi hija estaba chiquitita, pequeñita. Yo le dije: «Hijita, pon agua y haz hervir». Ya le dijo: «Ya vamos donde el presidente cesante, y el tesorero. Llévanos». Hemos salido de mi casa, hemos llegado en la casa del presidente cesante. Ahí le dijo: «Saca al señor». A mi esposo le obligaba que sacara. «Ya vamos en el tesorero». Llegamos en el tesorero, no estaba. Y le dijo: «Señor, usted no vas a encontrar al señor». «Ya lleva esta barreta y vamos por allá». Hemos ido por toda la calle, hemos llegado a su tienda del señor tesorero, que es don Alejo Zúñiga, y le dijo: «Rompe el candado. ¡Rompe!». Entraron rompiendo, cogieron galletas, cogieron zapatillas y luego me dijo a mí: «Señora, ¿el café?, ¿el café dónde está?». Mi esposo me dijo: «Ya, hija, anda tráelo». Yo he ido a mi casa, inocente, pensando que lo iban a dejar libre a mi esposo. Me fui a llevar café, llevé con una tetera chica. Les dije: «Acá está». Y me dijo: «¿Por qué tan poquito?, ¿por qué no has traído bastante si somos cuarenta?». «No, no, señor, yo no soy solita, al pueblo pide que cocina bastante, yo no soy sola». «Ya, usted, baja abajo. ¿Quién vive en esa casa?, ¿quién está en esta casa? Y prepara más café». Uno de los compañeros me agarró, me dijo: «Señora, vamos a bajar en esa casa». Ahí el compañero, que es terrorista, dijo: «Señora, ¿para qué ha salido de tu casa? Ellos son terroristas, le van a matar a tu esposo y no vas a salvar a tu esposo, porque son terroristas y ahora me ha dicho que vamos a entrar a Churín y no conozco Churín. ¿Por dónde se va a Churín señora? Tengo miedo. Hemos venido reclutado de lejos, yo soy bueno, yo no soy malo», me dijo el señor. Ya regresé, justo mi esposo ya estaba ya con las manos amarradas atrás. Yo le toqué; fueron con esposas. Y me dijo: «Cálmate, hija, cálmate. No va a pasar nada». Ya me puse nerviosa, sentía que le va matar. Ya me dijo, el terrorista me dijo: «No, señora, salga de acá. Váyase. Salga de acá. No queremos verte». «No, yo no voy a salir, yo no voy a salir sin mi esposo». Ya me empecé a tener nervios, que ya me faltaban pocas horas para despedirme de mi esposo. Después, mi esposo me dijo: «¿Sabes qué, hijita? Tómate agua». Empezaba a llover bastante. Ya me tomé agua, que caía de la lluvia. «Ya», me dijo, «señora, salga de acá, por favor, salga». Yo no quería separarme de mi esposo y me dijeron: «Ya, marcha entonces al Centro Cívico». «Sí, voy a marchar». Marché con mi esposo. Fui el Centro Cívico. Ahí me dio un codazo con su arma, me dijo: «¿Sabes qué, señora? Usted te separas». «No, no puedo separarme de mi esposo». Ya a golpes me separaron, ya me separé. Empezó a dar su charla, que dijo al pueblo: «¿Qué les dijo, señores, el compañero Raymundo? ¿Qué les dijo en la primera matanza? ¿Que van a volver en nombrar sus autoridades o que no iban a nombrar? ¿Por qué han nombrado? Siguen con su capricho. Nosotros también seguiremos con nuestro capricho. Seguirán nombrando, seguiremos matando. ¿Qué dicen?, ¿qué dicen ustedes? Ustedes de poco tiempo andarán uniformados, andarán sin polleras, sin mantas. De poco tiempo estarán trabajando unidos, no como ahora. ¿Me apoyan o no me apoyan? Si me apoyan, levantan la mano». Inocente, la gente de temor, de miedo, levantaron la mano, entregaron a cinco autoridades, entregó a la muerte. Ya cuando aceptaron dijo: «Entonces daremos tres vivas. ¡Que viva por el presidente Gonzalo! ¡Que viva el comunismo! ¡Que viva el partido! Y ahora se pueden ir toda la gente sin hacer ningún ruido, ninguna bulla. El que hace laberinto o bulla, quedará muerto aquí». Entonces toda la

gente empezaron a irse. Yo pedí auxilio: «¿Señores, por qué si mi esposo fue elegido en una asamblea pública, fue elegido, fue nombrado por el pueblo, por qué pueden dejar? No lo dejan por favor. Quiero salvar mi esposo, defiéndanme, por favor», pedí auxilio. En ese momento, toda la gente se retiraron. Yo me arrodillé: «Dios mío, ¿por qué? Estos son inocentes, no son culpables, Dios mío, ¿por qué los van a matar? Defienda, por favor, defiéndanos». En eso dijo, el presidente dijo a los compañeros: «¡Compañeros, dos palabritas!». «Calla cobarde, calla sinvergüenza», le tapó la boca. Ya esperaba solo la muerte. Ya no sentía nada, yo era como cualquier cosa, ya no sentía, esperaba la muerte. No, yo me decido a morir con mi esposo. Ya me arrodillé. Ahí él le dijo: «¡Mátanlo, mátanlo! ¡Agarra! ¡Mata!». Mi esposo dijo: «¡Hija, mis hijos, mis hijos, hijita, por favor!». De ahí me agarró un señor también que era terrorista, me sacó, me llevó y yo me fui. Cuando pidieron a mis hijos: «No importa. Voy a traer mis hijos y que me matan a todos». Ya llegué a mi casa, no estaban mis hijos. Se los habían llevado, no sé, alguna de mis vecinas había sacado mis hijos. Ya yo regresé y luego ya salían todos, llamando todas las almas decían: «Augusto, vamos; Juan, vamos; vamos, Rubén». En ese momento decía: «Dios mío, no importa. Si está vivo, va a volver. De dónde sea regresará por sus hijos». Pero no pensé que él estaría matado. Salió con una lata de kerosene, o sería alcohol, no sé, bajó a la gobernación; luego incendió la gobernación. Salieron, se fueron, se retiraron haciendo bulla, viviendo por su partido. Cuando se fueron y yo fui, fue a las doce de la noche. Fui a la plaza pensando que está vivo. Ahí estaba ya muerto. Uno de los señores estaba vivo, que pedía auxilio. Lo levanté a mi esposo, en ese momento no me daba cuenta cómo estaba. Le levanté, tenía que sobarle el corazón, estaba puro sangre. Estaba con cuchillo en el corazón, cuchillo en el pecho, en la costilla, tenía todo morado sus manos, patadas con las costillas. Tenía huellas que le habían pegado, y dos balas en la cabeza.

Yo, señores, ahora me encuentro enferma, traumada. Mis hijos, enfermos, traumatados. No tenemos apoyo de nadie. En mi pueblo nos han olvidado, todos nos han olvidado, no hemos tenido ni una clase de ayuda de nadie. Todas las viudas igualito hemos sufrido. Somos once viudas y un montón de huérfanos, que hemos quedado abandonadas en el pueblo de Andajes. Señores, pedimos justicia. Pido... queremos justicia para mis hijos. Apoyo para mis hijos. Yo no quiero para mí. Para mis hijos pido que me apoyen, porque quizás he podido darle único educación secundaria completa y cuánto quisiera que estudie estudios superiores y no tengo posibilidades para darles yo a mis hijos. Uno, mi hijo, se encuentra enfermo, traumado, que está aquí también y no ha venido, le he dejado. Viven en un cuarto alquilado, viven, quizás... muy triste es mi vida, mi pobreza. No he podido alcanzar nada. Yo no le puedo dar más nada a mis hijos. Es lo que pido, señores... quiero justicia y la verdad. Eso es lo que puedo pedir, señores.

Doy gracias a la Comisión de la Verdad y al Derecho Humano de Huacho, por haberse recordado a mi pueblo. Ha llegado a mi pueblo de Andajes. Por todos doy gracias.

Ingeniero Carlos Tapia García

Señores. Evila, es muy difícil dejar de pedirle disculpas... Va hablar la señora.

Hija de la señora Evila Juliana Cornejo Chavarría

Bueno, ante todo, muy buenas tardes, señores de la Comisión de la Verdad, y con el público en general. Solo quiero hacer unos alcances, ¿no?, en que mi mamá unos puntos se ha olvidado.

Mi papá fue elegido por el pueblo, sí, pero bueno hubo tanta injusticia, ¿no?, ¿qué se puede hacer? Pero nosotros hemos padecido de muchas cosas, nos ha hecho falta apoyo de papá, cariño de papá, nos quedamos muy chiquititos. Bueno, en el pueblo, la mayoría nos quedamos muy chiquititos y nos ha faltado apoyo, nos ha faltado cariño de papá, nos hemos quedado traumatados, sin apoyo, sin

ayuda. Bueno, hubiéramos querido aunque sea que nos apoye el alcalde de nuestro pueblo. Pero no, nadie se recordaba, ni el alcalde ni nadie. Hemos salido adelante gracias a nuestras madres, que han hecho el papel de papá y de mamá, nos han dado todo lo que han podido. Pero quisiera ya que todo eso acabe, ¿no?, que todo ya termine, que se llegue todo a la verdad, que se investigue todos los casos. No solo el de Andajes, sino yo sé que hay muchos casos más en otros sitios y quisiera que todo salga a la luz, que todos sepan la verdad, que sigan investigando. Muchas gracias por investigar nuestro caso, por apoyarnos, gracias a los señores de Derechos Humanos de Huacho, gracias por apoyarnos, por venir a Andajes. Si no es por ellos, quizás no hubiéramos llegado. Hicimos montón de gestiones, porque nos enteramos que había apoyo en Promudeh, pero nunca funcionó. Siempre hicimos papeles y papeles, pero nada. Quizás fue porque queríamos estudiar, queríamos superarnos, pero, no, no llegamos a hacer. Nos decía: «Otro, otro tiempo, otro tiempo», y ya nada. Pero bueno, ya. Solo quisiera que sigan investigando y para así todo el pueblo, todo el Perú sepa la verdad y para seguir saliendo adelante. Gracias.

Ingeniero Carlos Tapia García

Señora Evila y su digna hija, muchas gracias por su valiente testimonio. Bien, vamos a suspender la sesión por quince minutos y la reanudaremos con los dos últimos casos. Gracias.